

MARK TWAIN



UN MISTERIO, UNA MUERTE Y UN MATRIMONIO

Relato corto escrito en 1876, fue publicado por primera vez en 1945 en una pequeña edición no autorizada. No se publicó una edición autorizada hasta el año 2001.

En esta obra, Twain nos cuenta una historia de enredos, misterios y asesinatos. En Deer Link, un pequeño pueblo situado en algún lugar de Estados Unidos, Mary, la hija del humilde granjero John Gray, se va a casar con Hugh Gregory, un apuesto y acaudalado joven. La alegría del padre es doble: su hija se va a casar con uno de los mejores partidos del pueblo, tendrá fortuna y además la boda irritará a su hermano David, con quien está peleado desde hace años y que odia a Hugh desde hace mucho tiempo por un antiguo pleito. Todo parece ir sobre ruedas hasta que el reverendo del pueblo informa a John de una gran noticia... David ha hecho testamento a favor de Mary, toda su fortuna será para ella, y la alegría inicial deviene en preocupación...

 PRÓLOGO 

En 1876, cuando él tenía cuarenta años y la nación un siglo, Mark Twain concibió un proyecto, conjuntamente con la revista *Atlantic Monthly*, que quedó en nada hasta el año 2001. He aquí la historia de lo sucedido.

«Con mucha frecuencia, claro está», escribe Mark Twain en *Cómo contar una historia*, «el relato humorístico divagante y deshilvanado termina con un desenlace, una clave, un remate o como quiera llamárselo. En ese punto el oyente debe estar alerta, pues en muchos casos el narrador desviaré la atención de ese desenlace mediante la táctica de dejarlo caer con estudiada despreocupación e indiferencia, fingiendo ignorar que es un desenlace. Artemus Ward utilizaba mucho ese truco; luego, cuando el rezagado público entendía por fin el chiste, él levantaba la vista con expresión de inocente sorpresa, como preguntándose dónde le habían encontrado la gracia».

Twain, en mucha mayor medida que Ward, era un maestro en ese humor caracterizado por una deliberada inexpresividad. Una vez, en un banquete de gala, Twain pronunció un brindis por Ulysses S. Grant que parecía un interminable insulto. Finalmente se interrumpió «en una especie de estremecedor silencio» (como escribió jocosamente a su es-

posa Livy) y luego remató el chiste. Grant se echó a reír. «El público vio que por una vez en su vida se había tambaleado su férrea serenidad», escribió Twain a Livy. «Con las carcajadas que siguieron, el edificio casi se vino abajo».

En otra ocasión Twain salió al escenario y se limitó a quedarse allí, inmóvil e inexpresivo, como si ni siquiera fuese consciente de que era el orador. Descubrió que podía mantener a los espectadores en silencio y sentados en el borde de sus butacas tanto tiempo como deseara sin decir una sola palabra. «Un público cautivado de ese modo», escribió en una carta a casa, «*pertenece al orador en cuerpo y alma*».

Pero ése no es el único juicio silencioso que puede manifestar un público. Unos días antes de las no todavía famosas elecciones presidenciales de 1876, el siempre inepto hermano mayor de Twain, Orion Clemens —que acababa de abandonar el estado esclavista de Missouri y se había declarado republicano abolicionista ya en la década de 1850, cuando esa postura era allí poco popular—, cambió súbitamente de partido y tuvo ocasión de hablar en un mitin demócrata. «Me escribió entusiasmado», explicó más tarde Twain en una carta a su amigo William Dean Howells, «para anunciarme el clamoroso éxito que tendría con ese discurso. Hasta ahí bien, pero piensa en su inocente y patética franqueza cuando me escribió una cosa como ésta al cabo de una semana: "No me sentí tan seguro de mí mismo como esperaba, y eso se vio agravado por el silencio con que fui recibido al presentarme, así que aparentemente fui incapaz de imprimir a mi discurso el ardor que había previsto y, enseguida, empezaron a levantarse y marcharse y, al cabo de unos minutos, todos se pusieron en pie y se fueron". ¿Cómo *podía* alguien destapar una herida como ésa y mostrársela a otro? Ya ves, ni una sola palabra de *queja*, sólo triste y resignada sorpresa».

También Twain podía quedar tristemente sorprendido en una tribuna. En 1877 Howells y el propio Twain se en-

contraron en una situación bochornosa cuando éste, sin el debido respeto, intentó tomarles el venerable pelo a Henry Wadsworth Longfellow, Oliver Wendell Holmes y Ralph Waldo Emerson, invitados de honor de un banquete patrocinado por *Atlantic Monthly*. Después de levantarse Howells para asegurar a los presentes que tenían allí a un humorista que nunca resultaba ofensivo, Twain, muy serio, pasó a contar una larga historia del Oeste en la que daba la impresión de que Longfellow, Holmes y Emerson aparecían en el papel de villanos..., luego llegó la pausa..., luego el remate... y luego ninguno de los homenajeados se rió. (En cualquier caso, Emerson ni siquiera escuchaba). Según declaró Howells, el público guardó un «silencio que pesaba muchas toneladas por pulgada cuadrada y se hacía más profundo por momentos».

Pero nos estamos anticipando. Fue alrededor de los idus de marzo de 1876 cuando Twain presentó el proyecto que sólo ahora ha cristalizado parcialmente. Propuso a Howells, quien por entonces dirigía *Atlantic Monthly*, reunir a «una buena y devota pandilla» de autores —incluidos los preeminentes próceres bostonianos James Russell Lowell y Holmes, el colorista local y retratista del ambiente minero Bret Harte (de Albany, Nueva York), recién elevado a la categoría de celebridad, y el joven Henry James— que escribirían cada uno un relato basado en un «esqueleto» argumental creado por Twain. Los relatos se publicarían por entregas en *Atlantic Monthly*, el principal baluarte de los principios literarios de la nación. A lo largo de lo que quedaba de año, Twain pidió a Howells con insistencia que pusiera en marcha aquel insólito proyecto. Howells tanteó el terreno. (Excluyendo obviamente a personajes tan augustos como Holmes o Lowell. Cuando Howells llevó a Twain a conocer a Lowell dos años antes, este ilustre escritor no quedó especialmente impresionado, exceptuando el hecho de que algo en la nariz de Twain avivó su convicción de que toda la humanidad descendía de los judíos). «La dificultad»

de esos relatos, como Howells dijo, era «encontrar gente que los escribiera».

En esa misma época, la historia contenía la respiración. Dos proyectos de importancia incomparablemente mayor que «el esqueleto para un novela corta» de Twain estaban en suspenso. Rutherford B. Hayes y Samuel Tilden competían en una carrera presidencial cuyo confuso resultado tendría que determinarse mediante pactos dentro y fuera de la Cámara de Representantes. Y el propio Twain quedó atascado a medio escribir *Las aventuras de Huckleberry Finn*, perdió interés y dijo que quizá quemara el manuscrito.

Dos momentos cruciales, y no inconexos, de la historia y la cultura de Estados Unidos. El resultado de las elecciones de 1876 se consideraría un incumplimiento del veredicto de la guerra de Secesión. Al final, Tilden ganó el voto popular —gracias en gran medida a la intimidación de los negros sureños, que habrían votado a los republicanos— y Hayes ganó el voto electoral por un margen de 185-184, si se contaban los resultados obtenidos en tres estados donde se impugnarían y nunca se llevaría a cabo un recuento imparcial. Se constituyó una Comisión Electoral, que votó a favor de Hayes, por estricto partidismo. En la Cámara de Representantes, los demócratas de Tilden recurrieron a tácticas obstruccionistas. Por tanto, Hayes accedió a retirar del Sur las tropas federales encargadas de garantizar la Reconstrucción. El partido de Lincoln renunció así al compromiso de promover los derechos y oportunidades de los estadounidenses de origen africano, que habían logrado la emancipación, pero estaban muy lejos de gozar de las ventajas de los demás ciudadanos corrientes. A esas elecciones de 1876 se ha aludido a menudo en relación con nuestro más reciente e incomprensible embrollo presidencial, cuyo resultado ha provocado el temor o la esperanza de que la discriminación positiva —una de las conquistas del movimiento en favor de los derechos civiles— se abandone como objetivo federal. Si la Reconstrucción se hubiera desa-

rollado como estaba previsto, no habríamos necesitado un movimiento en favor de los derechos civiles cien años después de la guerra.

¿Y si Twain hubiera renunciado a concluir su obra maestra? Esa novela —en la que un muchacho blanco, pobre y bondadoso, de un estado esclavista llega a respetar y ayudar a un esclavo fugitivo, desafiando todas las normas de la sociedad prebélica— combinaría el inglés estándar y el habla local del Nuevo Mundo, lo negro y lo blanco, para crear la horma de la narrativa norteamericana. Ese libro, afirmó Ernest Hemingway en 1935, fue el punto de partida de la literatura moderna en Estados Unidos.

Si pudiéramos establecer un esqueleto argumental de la carrera del escritor norteamericano por antonomasia, ¿no descubriríamos que él forzosamente tuvo que darse cuenta de la trascendencia de 1876? El propio Twain era un refugiado de un estado esclavista y, a decir verdad, del Ejército Confederado. Recibió su primera influencia en narrativa de un esclavo llamado Tío Daniel, que tejía una fantasmal mañana y de pronto se abalanzaba sobre los niños blancos y negros reunidos en torno a él. La primera aportación de Twain a *Atlantic Monthly*, publicada en 1874, fue un conmovedor relato en forma de monólogo de un exesclavo, «Una historia verdadera». *Atlantic Monthly*, aun siendo culturalmente conservadora e independiente en cuanto a filiación política, había dado todo su apoyo a la postura abolicionista republicana antes y durante la guerra. En ese momento tanto la Reconstrucción como la Gran Novela Norteamericana pendían de un hilo. Y sin embargo, a juzgar por la correspondencia del período entre Twain y Howells, lo que más peso tenía en la mente de Twain era *Un misterio, una muerte y un matrimonio*, el proyecto que jamás pasó del relato que estamos a punto de leer.

Sintió reparos a la hora de enseñarle su peculiar narración a Howells; no está claro si llegó a hacerlo y qué fue exactamente del manuscrito durante los siguientes setenta

años. En 1945, dos hombres que habían comprado el manuscrito en una sala de subastas imprimieron dieciséis ejemplares con la esperanza de asegurarse los derechos de edición, pero los herederos de Twain entablaron una demanda a fin de impedir la publicación, y en 1949 un tribunal decidió que la obra no podía publicarse. En el año 2000, la Biblioteca Pública del condado de Erie y Búfalo adquirió los derechos para publicarla. Este hecho establece otro vínculo entre el relato y las dos mitades de *Huckleberry Finn*. En 1885, año en que por fin se publicó la novela (Twain no la reanudó hasta 1879 o 1880), la Biblioteca de la Asociación de Jóvenes de Búfalo, estado de Nueva York, que posteriormente se convertiría en la Biblioteca Pública del condado de Erie y Búfalo, solicitó a Twain la donación del manuscrito para su colección. Twain, que había vivido durante una breve temporada en Búfalo unos quince años atrás, contestó que, por lo que él sabía, la primera mitad había sido destruida por el impresor, pero envió la segunda mitad. Ciento cinco años más tarde, la primera mitad fue hallada en una buhardilla nada menos que de Hollywood, California. Los investigadores del equipo de trabajo dedicado a los Mark Twain Papers, de la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, descubrieron después una carta de 1887 en la que Twain declaraba haber encontrado finalmente la primera mitad y anunciaba su envío a la Biblioteca de la Asociación de Jóvenes. El conservador de dicha institución tenía previsto encuadernar esa primera mitad, pero no llegó a realizar su propósito. Cuando murió, el manuscrito quedó en un baúl, que su viuda se llevó a Hollywood en la década de 1920 al trasladarse a vivir allí para estar cerca de su hija. Así que ahora las dos mitades del manuscrito de *Huckleberry Finn* están juntas en Búfalo, y a ellas se ha unido una de las «distracciones» que provocó que se escribieran por separado.

A lo largo de los años el relato *Un misterio, una muerte y un matrimonio* ha pasado inadvertido a la inmensa mayo-

ría de los miles de estudiosos que han examinado ampliamente hasta el último fragmento de los restantes escritos de Twain. *Mark Twain A to Z*, una fidedigna y exhaustiva obra de referencia, lo confunde con un texto anterior e inacabado.

En la actualidad el relato parece despertar mayor interés. ¿Refleja de algún modo las más profundas preocupaciones de Twain? ¿Qué le indujo a desear compartirlo con un grupo de escritores tan dispares? (¿Henry James, en particular?). ¿Por qué dio Twain a uno de sus personajes más mezquinos, David Gray, el nombre de un amigo suyo amable y cordial por naturaleza? ¿En qué estaba pensando? ¿Y cuáles eran, a todo esto, las ideas políticas de Mark Twain?

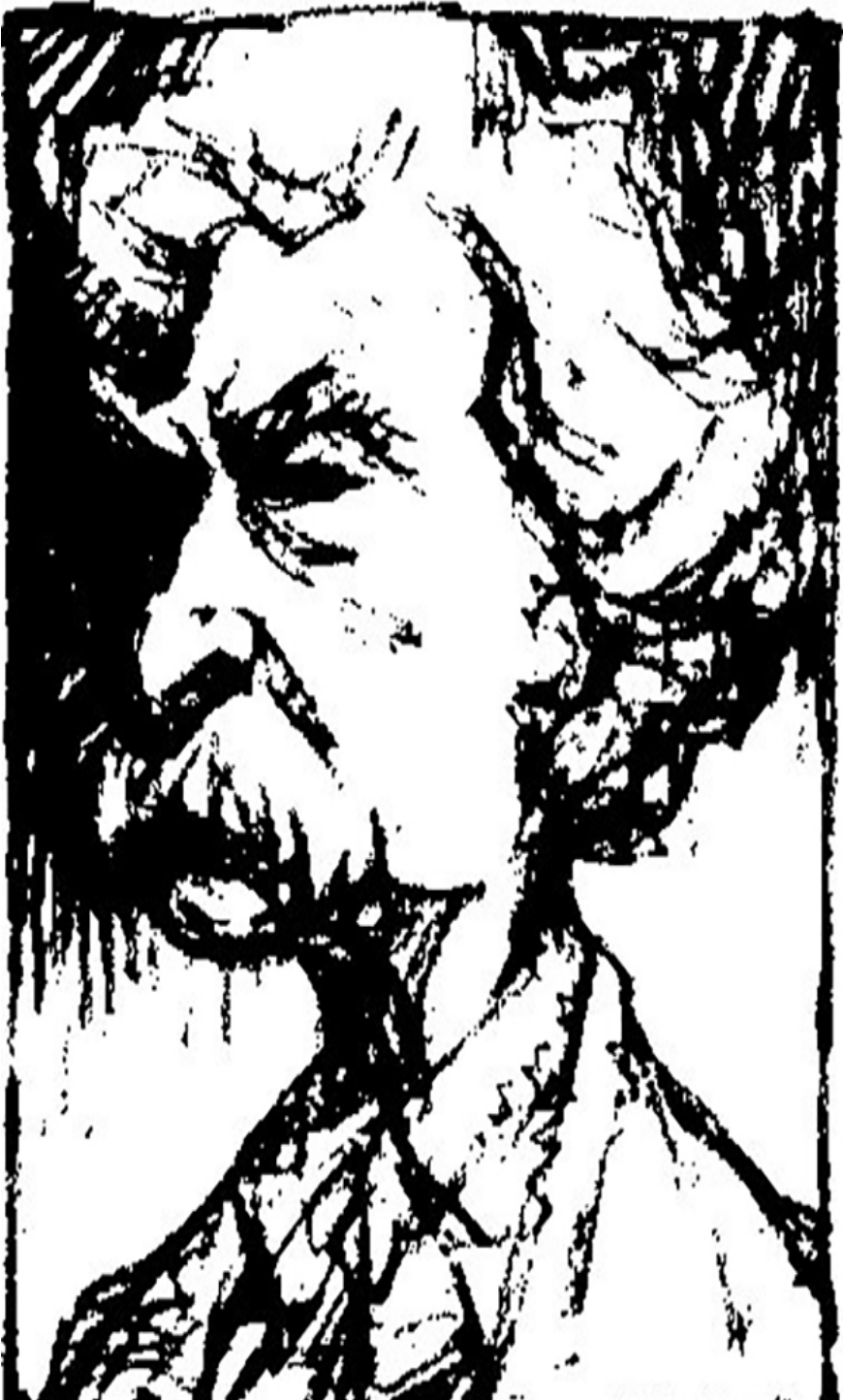
En un epílogo al relato se expone con mayor detalle la historia del proyecto de Twain y se intenta dar respuesta a las dudas que plantea, incluyendo qué significó para Twain asumir la postura política de *mugwump*, y qué impronta pudo él dejar en otra gran novela de la literatura estadounidense, cuyo argumento trata sobre la manera de determinar e influir en las tendencias de un personaje ambiguo e incoherente llamado, casualmente, Chad.

Pero aquí tenemos, con ilustraciones de Peter de Sève, *Un misterio, una muerte y un matrimonio*, relato de Mark Twain publicado ahora por primera vez en forma de libro.

Roy Blount Jr.

Mill River, Massachusetts







a Mystery,
A Murder, & a Marriage.

Upon the border of a re-
mote & out-of-the-way village
in south-western Missouri
lived an old farmer named
John Gray. The village was
called Deer Lick. It was a
straggling, drawy hamlet
of ~~two~~^{six or seven} hundred inhabi-
tants. These people knew,
in a dim way, that out in
the great world there were
things called railways,
steamboats, telegraphs
& newspapers but they
had no personal ac-
quaintance with them.

~~was~~ & took no more in-
terest in them than they
did in the concerns of

CAPÍTULO UNO



En los alrededores de una aldea remota y aislada del suroeste de Missouri vivía un viejo campesino llamado John Gray. La aldea llevaba por nombre Deer Lick. Era un poblacho de seiscientos o setecientos habitantes, aletargado y disperso. Los vecinos tenían la vaga noción de que en el mundo exterior existían cosas como los ferrocarriles, los barcos a vapor, los telegramas y los periódicos, pero carecían de experiencia directa con ellas, y no les despertaban mayor interés que el que pudieran suscitarles los asuntos de la luna. Ponían toda su alma en los cerdos y el maíz. Los libros utilizados en la anacrónica escuela del pueblo habían pasado ya por las manos de más de una generación; el reverendo John Hurley, el senil pastor presbiteriano, esgrimía aún los horrores del infierno propios de una teología caduca; ni siquiera el corte de las prendas de vestir había cambiado desde tiempos inmemoriales.

John Gray, a sus cincuenta y cinco años, gozaba de la misma posición económica que cuando heredó su pequeña granja tres décadas atrás. Labrando sus tierras se ganaba escasamente el sustento, y con muchos sudores; de ahí no pasaba por grandes que fueran sus esfuerzos. En su día al-